

CARTA VI.

MONTENEGRO.

Abril 25 de 1873.

«¿Dónde vives?... ¿Se encuentra en el mapa del mundo civilizado el rincón de la tierra en que habitas?... Tus reflexiones están llenas de sabiduría. Harás creer que todo lo sabes, porque sueles decir cosas que no sé dónde has podido aprenderlas; pero tu ignorancia es verdaderamente fabulosa.... «¿Quién es Montenegro?...» Semejante pregunta te desacreditaría á los ojos del gran mundo. ¡Ignoras quién es Montenegro!.... Entonces, infeliz, ¿qué sabes?...

Oye, y aprende :

Montenegro es un gran jinete, que maneja con suma destreza los caballos más bravos; en el pescante de un coche no tiene rival; con las riendas en la mano es capaz de meter un tronco por el ojo de una aguja. ¿En qué país salvaje vives escondido, donde todavía no ha llegado la celebridad de Montenegro?... ¿Recibes periódicos? ¿Los lees?... ¿Y no sabes quién es Montenegro?... ¡Imposible!.... Habrías encontrado cien veces su nombre en la *Crónica de los Salones*.

Si á lo menos pasaras alguna vez los ojos por las *gacetillas*, sabrías que se distingue muy notablemente patinando en el estanque del Retiro. Por lo demás, vive con bastante opulencia, sin que se haya podido averiguar en qué clase de bienes consiste su fortuna. No se sabe de dónde ha salido. Apareció un día, se habló de su caballeriza, y poco á poco se le fueron abriendo las puertas de todos los salones; se comenzó á repetir el nombre de Montenegro, y he aquí todo.

Tiene muchos amigos, y no se le conoce ningún pariente. No creas que es un calavera de más ó menos buen tono, hablador, jactancioso, impertinente.... Nada de eso. Es más bien circunspecto, habla sin afectación, y realmente no dice desatinos. Confiesa con sencilla naturalidad que ha cumplido ya cuarenta años, y de su vida anterior sólo deja traslucir que ha viajado mucho por Europa; si no es instruido, sabe ocultarlo, y, en todo caso, es innegable su erudición por lo que se refiere á sucesos y á personajes contemporáneos. No le da importancia á nada; su voz jamás se altera. Le he oído referir algunas escenas de la *Commune* en París, y las ha pintado con minuciosidad de detalles, sin horrorizarse, sin conmoverse. No juzga los hechos ni los hombres; los toma como los ve, sin admiración y sin sorpresa. Yo estoy persuadido de que en su entendimiento no se abriga convicción ninguna, y que su corazón carece de todo afecto; no cree en nada, y, por lo mismo, todo le parece creíble.

Se le han atribuido diversas historias, en atención á que se desconoce por completo su historia verdadera, y es preciso que tenga alguna historia. Desde luego se da por seguro que Montenegro no debe ser su verdadero nombre, y, supuesta esa circunstancia, cada cuál ha creído ver á su modo la realidad del personaje que bajo ese pseudónimo se oculta. Unos lo han hecho agente diplomático encargado de alguna misión reservada. Y no así como quiera, agente de Prusia ó de Francia, de Rusia ó de Inglaterra, sino á la vez de todas las naciones de Europa que miran de reojo nuestra flamante república. Otros lo suponen enviado por los Estados Unidos para *bacer atmósfera* en favor de la independencia de Cuba. Hay, en fin, quien lo tiene por el *Grande Oriente* de no sé qué sociedad secreta. La verdad es que si el misterio de su vida pasada y de su fortuna presente se presta de algún modo á las conjeturas de la gente política, su conducta las destruye por completo, pues nada hace ni nada dice que pueda servir de fundamento ni de indicio.

En los salones del gran mundo, en que exclusivamente vive, las suposiciones toman un camino más novelesco. Se le cree víctima de una infidelidad; en su historia debe hallarse alguna mujer que ha destrozado su corazón, y él esconde la desesperación de su alma bajo un nombre supuesto. ¿No es esto? Pues entonces será todo lo contrario; es decir, Montenegro huye de alguna mujer terriblemente celosa, que se obstina en ser eternamente

amada, y ha puesto por medio algunas leguas de distancia y un nombre desconocido.

—¿Y por qué (observan algunos) no ha de haber en el asunto algún marido poco condescendiente?

—No es probable (se replica); porque Montenegro no parece hombre muy á propósito para huir de otro hombre.

Ello es que este personaje aparece envuelto en cierta atmósfera fantástica que lo hace interesante. Comprendo que inspire curiosidad á la gran parte del género humano que se despepita por inquirir los secretos de las vidas ajenas, porque te aseguro que también me inspira á mí alguna curiosidad. Tú también quisieras encontrar en esto más datos acerca de ese hombre. Te mandaría su retrato, pues no me sería difícil adquirir una fotografía de su persona; pero es el caso que Montenegro no se presta fácilmente á la reproducción de su imagen; muestra una decidida repugnancia á retratarse, y algunos fotógrafos que han solicitado este favor de su celebridad, han sido muy cortésmente desahuciados en sus pretensiones. Es más: algún periódico ilustrado ha pretendido publicar su retrato para dar á conocer al mundo la expresión fisonómica de esta notabilidad *bípica*; pero Montenegro se ha excusado formalmente, lo cual da una grande idea de su modestia. Quiero decir, que no te mando su fotografía, porque no se encuentra ni por un ojo de la cara.

Sin embargo, no creas que ofrece su persona ningún rasgo extraordinario; fuera de los accidentes variables con que da á su ser cierto aire aristocrático, es un conjunto vulgar, que se confunde con la gran multitud de los hombres; no es alto ni bajo, ni gordo ni flaco; es más bien moreno que blanco, y su barba es castaña, espesa y fina, las facciones duras, los ojos claros y la mirada fría. Lleva bien el frac, sabe llevarlo; pero del mismo modo me parece á mí que llevaría la blusa.

Las mujeres se disputan su confianza; ¡ya se ve!: posee un secreto, y todas quieren averiguarlo. Obtener su confianza es adquirir la llave bajo la cual guarda el misterio de su vida. Por conseguir esta llave se hacen esfuerzos de amabilidad, se ponen en juego todos los recursos admitidos para atraerlo; así es que se ve halagado, distinguido.... ¿Qué haría Catalina de Rusia con el emperador de Turquía por apoderarse de la llave de la Gran Puerta?... Montenegro, pues, es objeto de las más activas seducciones; se le abre el camino de las intimidaciones; pero hasta ahora, ó no tiene secreto ninguno con que sorprender la curiosidad excitada de las damas más bellas, y hasta de las más discretas, ó sabe guardar su secreto, poniéndolo fuera del alcance de un momento de abandono en una conversación íntima y animada. Claro está que si ha comprendido que en su reserva está su fuerza, se hará más inaccesible cuanto mayor sea el empeño que muestren en penetrar sus secretos; pero ve

tú á hacerles entender á estas preciosas criaturas que hasta para ser locas es preciso tener juicio. Por otra parte, actualmente nada ocurre que excite nuestro interés, ayudándonos á desvanecer el aburrimiento de la vida, y esto, por lo menos, es algo.

Ahora comprenderás la agradable sorpresa con que Elisa recibió anoche la visita inesperada del misterioso Montenegro; he ahí por qué desarrugó el desdeñoso fruncimiento de su boca, dejando ver su amable sonrisa y sus preciosos dientes. Sin duda alguna, había una marcada preferencia por parte de Montenegro en venir, digámoslo así, á visitarme en una noche tan peligrosa y tan poco á propósito para hacer visitas. ¡Y qué ocasión tan propicia para una feliz tentativa! ¿Qué hacen dos personas que se encuentran *tête à tête*, cómodamente reclinadas sobre los blandos almohadones de un diván, respirando una atmósfera tibia y perfumada, á la luz, hasta cierto punto melancólica, que se escapa de los tubos de bronce, y que brilla un tanto velada, pálida como los resplandores de la luna, dentro de las bombas de cristal cuajado que la contiene?... ¿Qué hacen? ¡Hablar!.... Hablar de todo: de lo pasado, de lo presente y de lo futuro, de lo temporal y de lo eterno.

Pues imagínate que estas dos personas, encerradas en la soledad de un gabinete, son una mujer joven y bella y un hombre de mundo, y calcula á qué género de íntimas revelaciones puede conducirlos la conversación. Estas conferencias casuales,

casí imprevistas, suelen ser peligrosas para todo género de secretos.... El diálogo empieza indifereñte ; se habla de cualquier cosa.... : del tiempo, de política, de modas ; se agotan las generalidades, hasta que surge un asunto más interesante.... Después que han hablado de todos, hablan de sí mismos, é insensiblemente la entrevista va tomando calor ; las palabras se animan unas á otras, se establece la confianza, empiezan las frases equívocas, se llega al terreno resbaladizo de las mutuas confidencias, y se escapan las revelaciones. Estas conversaciones solitarias, reservadas, fantásticas, son como los abismos : producen vértigos.

La satisfacción de Elisa al ver entrar á Montenegro nacía, principalmente, de la feliz ocasión que él mismo la ofrecía para que pudiera sondear los misterios de su vida. Con esa viveza de imaginación con que las mujeres dan por hechas las cosas que desean ó que temen, mi cara mitad debió creer que Montenegro iba seguro de encontrarla sola.

Hasta cierto punto, la suposición no debe parecerse descabellada ; la noche era demasiado pavorosa para que nadie se atreviera á salir de su casa ; por la tarde habían circulado repetidos anuncios de sangrientas escenas, y Madrid estaba realmente aterrado. Era, pues, evidente que Elisa se vería obligada á pasar la noche sin más compañía que la de su propia imagen retratada en los espejos de su gabinete. En cuanto á mí, Montenegro no habría

de presumir que yo consagrara la noche á hacerle á mi mujer la tertulia.

Semejante ocasión era, efectivamente, propicia para tender al secreto de este hombre una red inevitable. No puedo asegurarte si Dalila fué más bella y más seductora que lo es Elisa, porque no tengo datos auténticos que me atestigüen la hermosura de las filisteas ; pero puedo inferir que Sansón fué mucho más fuerte que debe serlo Montenegro, y tú sabes que al fin Dalila arrancó á Sansón el secreto de su fuerza. Elisa, pues, podía contar con sorprenderle á Montenegro el secreto de su vida.

Ya habrás podido conocer que la encantadora criatura, blanca como la nieve y rubia como un ángel, con quien he unido mi suerte para siempre, no es excesivamente astuta ; mas ¿ qué mujer no lo es cuando se le mete en el cuerpo la serpiente tentadora del Paraíso?... Puesta frente á frente del misterio, ¿ qué no hará por penetrarlo hasta en sus más oscuras profundidades?... Si le falta astucia, ¿ no le sobra hermosura?... Lo que no consiga la habilidad de sus preguntas, ¿ no podrá conseguirlo la dulzura de sus miradas?... No necesitó un gran talento Eva para hacer que Adán comiese del fruto prohibido, y la misma Dalila no tuvo que emplear grandes recursos estratégicos para poner á Sansón en manos de los filisteos. Semejantes ejemplos no dan una alta idea de nuestra fortaleza ; pero, ¿ acaso no es esta la historia del género humano?

Ignoro el interés que Montenegro tenga en hacer de su vida pasada un secreto impenetrable; mas, sea el que quiera el motivo de su tenaz reserva, corre con Elisa, que desea saberlo, inminente peligro de revelarlo.

¿Y no ves en el vivo deseo de Elisa un capricho hasta cierto punto respetable?... ¡Qué sacrificio no hará un sabio por robar á la naturaleza sus más recónditos arcanos!... Las desastrosas y hasta ahora inútiles expediciones al polo, las excursiones no más felices que se han hecho al centro del África, también son caprichos respetables. Es verdad que el polo permanece oculto detrás de la inmensa cortina de sus nieves eternas, y que el Nilo guarda tenazmente el secreto de sus misteriosas fuentes. También es verdad que, conseguidas estas audaces averiguaciones, el universo proseguiría su marcha inalterable, y el género humano su curso tempestuoso; no seríamos ni más grandes, ni más fuertes, ni más poderosos, ni más felices, ni más justos; pero, ¿y el orgullo de haberlo conseguido? ¿Y la satisfacción de poseer tan raros secretos?

Las mujeres sienten también á su modo el amor á la sabiduría; la lengua, que se ha apropiado el derecho de dar nombre á las cosas, lo llama curiosidad. No llevan sus indagaciones ni al centro del África ni á los hielos del polo; no pretenden averiguar lo que pasa en la vida íntima de la naturaleza; mas las interioridades de las familias, la vida íntima del vecino, del amigo..., los secretos del

hogar doméstico....; he ahí el mundo adonde de continuo llevan sus audaces expediciones.

Elisa no es menos temeraria que Franklin al querer sondear el misterio de Montenegro: su curiosidad puede ser desastrosa, y no le negarás á esta hermosa criatura el mérito de su temeridad; pero Montenegro es un ser misterioso, casi fantástico, que está en boga, y conquistar su confianza es un verdadero triunfo. Pocas mujeres tan bellas y tan curiosas como Elisa renunciarían á la vanidad de descifrar el enigma: Montenegro es un jerglífico.

No obstante, pude observar, á poco de aparecer Montenegro en el gabinete del *trousseau*, que pasó por la frente de Elisa una sombra de disgusto: indudablemente, la presencia de Octavia le era en aquel momento desagradable....: era en aquella ocasión un testigo impertinente. Yo, al fin y al cabo, me retiraría á mi cuarto ó me determinaría á salir de casa; pero Octavia permanecería allí toda la noche..., y la ocasión, que se presentaba tan propicia, iba á ser completamente perdida. ¿Comprendes el disgusto de Elisa?... No pudo disimularlo, y miró á su amiga con la misma expresión de cólera reprimida con que clavó en ella los ojos la noche que, al volver del lago, nos vió salir de la alameda.

Todo esto que te escribo, me ocurrió después que te hube escrito mi última carta, y, con los codos apoyados sobre la mesa y la cabeza sumergida

entre las manos, me quedé por algún tiempo pensativo. Agotadas mis meditaciones, me puse de pie, y distraídamente me acerqué á examinar dos magníficas pistolas de tiro que, dentro de su correspondiente caja, se hallaban sobre el mármol de la chimenea. Son dos armas de mucho mérito, que habían llegado de París aquella mañana con el precioso sombrero de Elisa.

Cerré la caja, di media vuelta por mi cuarto, y, casi maquinalmente, me dirigí al gabinete en que una hora antes había dejado á Octavia, á Montenegro y á Elisa. Mis pasos se ahogaban en las alfombras, de manera que llegué á la puerta del gabinete tan silenciosamente como habría podido llegar una sombra, y me detuve delante del *portier*, porque á mí también me tentó en aquel momento el demonio de la curiosidad: yo también podía saber el secreto de Montenegro.

Me ocurrió que Elisa podía haber encontrado algún medio de alejar de allí á su amiga, ó, tal vez, la misma se habría voluntariamente alejado para dejar el campo libre á tan curiosas investigaciones.

Me detuve, apliqué el oído á la cortina, y escuché.

¿Frunces el entrecejo? ¿Te parece indigno de un hombre delicado escuchar detrás de una puerta?... Á mí también me lo parece....: lo recuerdo con vergüenza, y en aquel momento temblaba como un culpable, y sentía un sudor frío como el

sudor de la muerte; pero tú hubieras hecho lo mismo.... Hay instantes supremos, y hay tentaciones irresistibles.

Me detuve...., apliqué el oído á la cortina...., escuché...., y oí.

¿Qué oí?... Déjame descansar....: la mano se siente fatigada y mi espíritu lleno de confusión.... Mañana sabrás lo que aún me queda que decirte.... Ten paciencia hasta mañana.»

No había más remedio que esperar, y esperé.... ¡Oh, qué largo es el día cuyo término se espera con impaciencia!